
Un Cuento de Niños

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8374

Título: Un Cuento de Niños

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de agosto de 2024

Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Nunca podré olvidar los destartalados buhardillones donde pasé parte de mi infancia: pocos pisos de Madrid conservan en su interior esos desahogos de las casas viejas. Subíase a ellos por una estrecha escalera, pero una vez dentro, ¡qué anchuras para correr, qué encrucijadas y rincones para jugar al escondite y qué pintoresco desnivel en las habitaciones y pasillos! El ama seca era la soberana en aquellas alturas, adonde rara vez llegaban las riñas de los abuelos, ni los rumores del mundo: era la libertad dentro de la clausura. Allí estaba la desahogada y blanca alcoba, de anchas ventanas y techo de bovedilla, donde dormíamos cuatro criaturas y las encargadas de cuidarnos: allí, obedeciendo a un plano que parecía trazado por un loco, había piezas de paso, escaleras ascendentes o descendentes, altas ventanas con rejas, otras de caballete, y boquetes redondos por donde alguna vez nos visitaban los murciélagos; desvanes y nichos para luces: por todas partes cuartitos abuhardillados: en el uno cacareaban las gallinas y sorprendíamos con admiración el secreto de la postura del huevo: en otro espiábamos el arrullar de las palomas que comían por turno, metiendo sus cabecitas blancas o cenicientas por las ventanillas del comedero para atracarse de algarrobas. Éramos felices en aquel paraíso de muchachos y de vez en cuando hacíamos descubrimientos importantes: ya desclavando un baúl viejo encontrábamos un sombrero de tres picos o una silla de montar; ya una cría de ratones en la caja, sin cuerdas, de un violín. Cuando empezaba a anochecer, nos replegábamos poco a poco huyendo de las sombras; cesaban las cabriolas y los gritos y sentados en un ruedo de la alcoba, formábamos un corro, y

pedíamos un cuento, de aparecidos y gigantes, hadas con sus varitas de virtudes, lobos, brujas, hechiceros y diablos. Cada cual recordaba el que sabía, variándolo a su gusto, sin saber si era ajeno o propio, o inventaba uno nuevo para que creyesen que era antiguo y que se lo habían contado a él solamente: de uno a otro narrador todos resultaban diferentes, por lo que olvidaban y añadían. A la caída de una de esas tardes, me tocó el turno y conté el cuento siguiente:

II

Éste era un pobre muchacho que no tenía casa, ni padres, e iba por un camino alante, buscando una familia que le peinara y le vistiese y le quisiera. A un lado del camino encontró un manzano todo lleno de fruta, y como el chico era muy ágil y tenía mucha hambre, trepó al árbol y se atracó de manzanas, que eran muy gordas y muy dulces.

—Antolín —le dijo el árbol—, ¿por qué te comes a mis hijas?

Al oír aquella voz, que resultaba del movimiento de las hojas, Antolín se tiró al suelo, y por poco se le atraganta la última manzana.

—Acércate —repetía el manzano llamándole con las ramas—, te cubriré de tallos y de hojas los brazos y las piernas; te casaré con la más encarnada de mis hijas y serás un árbol como yo.

—No le creas —dijo un monte lleno de canas y de arrugas—, mañana mismo le podan y quiere que sólo le corten tus brazos y tus piernas. Unete conmigo: soy de piedra y nadie te ha de molestar.

Antolín miró al monte, que tenía por boca una caverna, y viendo que le corrían por ella y por la cara muchas sabandijas, echó a huir por el camino, hasta que un río le dijo:

—Atrás, muchacho; no se pasa.

—Déjame atravesar, por caridad.

—Bien; pero has de beber un trago de mis aguas.

Antolín iba a beber el agua, aunque era turbia y olía a cosa

de botica, cuando un chillido de águila le hizo mirar hacia lo alto.

—No bebas —gritó el águila—, que es el río veneno. Yo te pasaré volando.

—Calla, maldita —respondió el río—, lo que quieres es sacarle los ojos en el aire para dárselos a tu cría. Anda, muchacho, que más arriba tengo un puente: pásalo de balde.

—Antolín, ese puente está podrido y no resiste el peso de una hormiga.

—No seas embustera; ahora mismo pasa por él un coche.

Era verdad y el águila se retiró avergonzada; la habían conocido. El chico no se atrevió a pasar el puente, aunque enfrente y muy a lo lejos se veía una ciudad que parecía un nacimiento; y siguió andando, andando, por la orillita del río, sin encontrar posadas, ni viajeros, ni sentir hambre alguna.

—¿Cómo no tendré ganas? —se decía a media voz.

—¿Qué has de tener, tragón? Has de saber que aquel manzano al cual subiste es un príncipe encantado, y la fruta es su familia; te has comido seis personas.

Antolín se afligió mucho, pero ya no lo podía remediar. Anduvo dos días enteros, y al despertar una mañana, se encontró delante de la ciudad que parecía un nacimiento.

—¿Quién me habrá pasado el río? —se preguntaba con sorpresa—. ¿Habrá sido el águila?

—Nadie ha sido —le respondió un viejo andrajoso, con la cara entrapajada y oculta—. No has traspasado el río, sino que es redondo y te has encontrado enfrente de donde saliste al dar la media vuelta. Si hubieras pasado el puente, estarías en la isla del centro, donde la tierra, los bichos y los frutos son todos venenosos. Yo estuve en ella y por eso me encuentro

consumido. Y ya que he dado esas noticias, niño, entremos en la ciudad y me darás una limosna.

—Soy tan pobre como tú.

—¿Pobre con esas carnes y esa resistencia? En esta ciudad no se compra nada con dinero, sino que todo se paga con castigos y dolores. El que más sufre más goza.

La ciudad era muy hermosa y los juguetes de las tiendas todos de resorte: había batallas de juguete con tiros, cañonazos, muertos y heridos, que parecían de verdad. Antolín quiso preguntar los precios, pero el viejo le hizo entrar en una pastelería.

—¿Cuánto cuestan cada uno de esos bollos? —preguntó el viejo.

—Dos azotes —respondió el pastelero.

—No son caros. ¿Y el salchichón?

—La onza, tres pellizcos.

—¿Y el jamón?

—Cada ración, cuarenta palos.

—Pues sírvanos de todo —repuso el viejo, que este niño paga.

Y empezó a atracarse el mendigo con tanta ansia, que Antolín le tuvo que tirar de la manga, sin que el viejo hiciera caso.

El pastelero, entre tanto, sacó unas disciplinas que tenía puestas en vinagre, y cuando estaba Antolín más descuidado le dio un azote tan fuerte, que hizo saltar al chico en medio de la calle dando gritos.

La gente acudió al escándalo, y toda daba la razón al

pastelero, que decía:

—Señores; estoy cobrándome los bollos.

Y como Antolín se resistía al pago, fue llevado a la cárcel con el viejo y encerrados en un calabozo oscuro, alumbrado por una lamparilla y con una sola cama muy estrecha.

—No cabremos los dos en el colchón —dijo el chico, temblando al quedarse a solas con el viejo.

—Sí —dijo éste—, yo no ocupo nada.

—¿Por qué no se descubre usted la cara?

—Por no darte un susto. ¿Quieres que apague la luz?

—Tendría mucho miedo.

—Acostémonos entonces; aunque no podré dormir si no me ponen cuatro hachas.

Y empezó a desnudarse de sus harapos: primero descubrió unas canillas descarnadas, luego una calavera, después las costillas y la espina. Era un esqueleto.

III

Cuando llegué a esta parte del cuento, había anochecido y estábamos a oscuras. La aparición del esqueleto nos causó tal impresión, que todos los chicos nos levantamos dando gritos, corriendo en busca de la luz y de la gente; y yo mismo, al huir, rodé por la escalera. Aquella noche tardé mucho en dormirme, asustado de mi obra. Parecíame oír chasquidos de hueso por los pasillos del buhardillón, pasos que se aproximaban a mi cuarto, y que el esqueleto, golpeando con sus pelados nudillos en la puerta, nos decía:

—Niños, ya estoy desnudo; ¿entro a acostarme?

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.